

<https://doi.org/10.53971/2718.658x.v14.n23.41702>

## **Formas distópicas alternativas para destruir y repensar el motivo insular/caribeño en dos ficciones cubanas del siglo XXI**

**Susana Haug Morales**

Universidad de La Habana

[susanahaug@gmail.com](mailto:susanahaug@gmail.com)

ORCID: 0009-0004-3695-5201

Recibido 18/03/2023 Aceptado 10/05/2023

### **Resumen**

Este trabajo se propone pensar las tradiciones literarias caribeñas, y específicamente las narrativas cubanas más actuales, como estados vivos, móviles, multivectoriales y en continua relación/retroalimentación, siguiendo los postulados teóricos de autores como Ottmar Ette, Edouard Glissant o Antonio Benítez Rojo. A partir de estos estudios del Caribe, se indaga en las matrices, desubicaciones y t(r)opos de lo cubano y lo caribeño desde dos ficciones literarias distópicas recientes de Anisley Negrín y Jorge Enrique Lage, que escogen salir de La Habana como epicentro del relato trans-post-nacional y resultan incómodos o de difícil asimilación para el canon y la crítica literaria de la Isla, porque no se cansan de cuestionar los binarismos, los lugares comunes, las falsas transparencias y la esquizofrenia de ese artefacto poliédrico y diseminado por todas partes que es, hoy, la cultura cubana.

**Palabras clave:** *narrativa cubana siglo XXI; Generación Año Cero; estudios teóricos Caribe; literatura cubana; literatura trans/postnacional*

### **Dystopian forms to destroy and rethink the Caribbean motif in two Cuban fictions of the 21st century**

### **Abstract**

This paper proposes a reading of Caribbean literature, and specifically 21st-century Cuban narratives, as living, open, ever-moving, multi-vectorial entities in constant relation and feedback with the world. Building upon the works of scholars such as Ottmar Ette, Edouard



Obra bajo Licencia Creative Commons 4.0 Internacional

Glissant, Antonio Benítez Rojo, and Nancy Calomarde, we explore the matrices, dislocations, tropes, and literary representations of Cuba and the Caribbean in two recent dystopian fictions by Cuban authors Anisley Negrín and Jorge Enrique Lage. These narratives deliberately shift the epicenter of the trans-post-national narrative away from Havana, challenging the established canon and literary criticism of the island. They persistently question the binarisms, commonplaces, false transparency, and schizophrenia of the multifaceted and globally dispersed artifact that is Cuban culture today.

**Keywords:** *21<sup>st</sup>-Century Cuban narrative; Generation Year Zero; Caribbean theory; Cuban literature; trans/post-national literature*

“El Caribe siempre ha entrañado un reto conceptual, una incalculable heterogeneidad de elementos constitutivos difícil de aprehender desde normas disciplinarias”, reflexionaba Román de la Campa (2012, p. 25) en un repaso por los desafíos e insuficiencias epistémicas/teórico-críticas que entraña cualquier definición de “lo caribeño”, haciéndose eco de un planteamiento anterior de Antonio Benítez Rojo, quien reconocía que

después de muchos años de investigar la historia económica y social, la cultura, y en particular la literatura del área del Caribe, he llegado a la siguiente conclusión: ninguna perspectiva del pensamiento humano (ya sea premoderna, moderna o posmoderna) puede por sí sola abarcar la complejidad de lo Caribeño. Para ello se precisaría observar el Caribe a través de todas ellas, y en la medida de lo posible, simultáneamente. (Benítez Rojo, 1992, p. 16).

Kamau Brathwaite, por su parte, acudía a la imagen de una vasta territorialidad líquida, interconectada y sonora en “Nation Language” (1984) para acotar provisionalmente ese lugar sin límites al que denominó también una “unidad submarina” (2010). Tal vez la respuesta más rica en posibilidades interpretativas no radique, entonces, en el disciplinamiento de saberes provenientes de la teoría, la filosofía, la historia, las ciencias sociales o las ciencias “duras”, sino en la indisciplina y en la facultad siempre renovadora, empática y de reconexión que ofrece la literatura entre tantas codificaciones de la experiencia y el conocimiento humanos. El alemán Ottmar Ette, estudioso de las literaturas hispanoamericanas, caribeñas y trans-areales, ve, en la literatura, aprendizaje incesante de lo humano, del *bios*, la obtención de un saber posible, un convivir exitoso, y una mirada no reduccionista sobre las complejidades del mundo que están ausentes o solo parcialmente contenidas en las demás organizaciones del pensamiento y la conciencia.

Desde mi punto de vista, no hay un mejor y más complejo acceso a la comunidad, a la sociedad y a la cultura que la literatura. Pues a lo largo de



Obra bajo Licencia Creative Commons 4.0 Internacional

milenios ha acumulado un saber de la vida, de la supervivencia y de la convivencia en las más diversas áreas geoculturales, que se ha especializado en no estar especializado ni discursiva ni disciplinariamente y tampoco en ser un dispositivo especializado del saber. La facultad de ofrecer ... su saber como un saber sobre la experiencia ... (le) permite llegar a los hombres atravesando grandes distancias espaciales y temporales, sin dejar al mismo tiempo de ser eficaz ... La literatura es, por tanto, el terreno de juego de lo poli-lógico ..., en tanto permite pensar simultáneamente las lógicas más dispares e incluso nos obliga a hacerlo. Su multiplicidad de significados, su polisemia, genera el desarrollo de estructuras y estructuraciones polilógicas ... que no tienen como fin la obtención de un punto de vista fijo, sino que se orientan en movimientos continuamente cambiantes y renovados de la comprensión ... La literatura es, por lo tanto, un saber en movimiento cuya estructura polilógica resulta de vital importancia para el mundo del siglo XXI, cuyo mayor reto debería ser sin duda la convivencia global en la paz y en la diferencia. (Ette, 2009, p. 87).

Pensando las tradiciones literarias no como compartimientos estancos, sino como mapeos vivos, móviles, multivectoriales y contrarios a las fijaciones territoriales de las alteridades, Ette postula a Humboldt como un escritor cubano, como la uruguaya Norah Giraldi le otorga a Darwin carta de ciudadanía en las letras uruguayas. Es por eso que me parece tan productivo y oportuno indagar en las matrices, desubicaciones y t(r)opos de lo cubano y lo caribeño precisamente desde algunos textos literarios inquietantes que resultan incómodos y de difícil asimilación porque, siguiendo a Ette, no se cansan de cuestionar los binarismos, los lugares comunes, las falsas transparencias y los enquistamientos de ese artefacto poliédrico y repartido por todas partes que es, hoy, la cultura cubana.

Tras el abuso de la marca país para la exportación mundial y doméstica de productos literarios y culturales cubanos, el tan socorrido estado de excepción nacional desembocó en el agotamiento de la “diferencia” y del excepcionalismo como hipertrofias del *branding* a fines de los 90. A las emergentes narrativas y poéticas cubanas y de lo cubano que irrumpen a partir del siglo XXI les interesa ensayar otros caminos, estéticas, estrategias de visibilización y prácticas de inscripción geopolítica, tomando distancia del poco imaginativo realismo sociocrítico, con sus dosis de neocostumbrismo, neofolklorismo, neoexotismo y carnaval, practicados con variable éxito y originalidad hacia el fin de siglo. Estas escrituras del nuevo milenio que empiezan a producirse dentro y fuera de la Isla matriz en múltiples espacios de convivencia (reales y virtuales), que desbordan las aguas territoriales, nacen con una explícita voluntad de descentramiento, movilidad y desmarque de las estrictas fronteras geográficas del Estado-Archivo-nación, para buscar formas alternativas de inscripción, religamiento y pertenencia. Esta avidez de cosmopolitismo, de estar por fin en el mundo participando de sus simultaneidades, incoherencias, densidades y contradicciones, se materializa en escrituras tan heterogéneas e inestables como difíciles de clasificar, que oscilan entre anclajes locales y escenarios abiertamente trans o post-nacionales. Se produce, pues, una necesaria oxigenación y expansión de los imaginarios sobre lo cubano, que desautomatiza las lecturas y miradas anquilosadas sobre la tradición, y pluraliza los márgenes del realismo congelado con dosis de



Obra bajo Licencia Creative Commons 4.0 Internacional

absurdo, ironía, irreverencia y esquizofrenia hasta llevarlo a predios como el irrealismo, el realismo ilógico, delirante o esquizo. En mayor consonancia y sincronía con los flujos globales, con los ritmos acelerados de la globalización, con las identidades líquidas y ambiguas, con las pulsiones diaspóricas y centrífugas de muchas literaturas hispanoamericanas, caribeñas y de otras regiones, hoy día, algunas ficciones de autores encapsulados bajo el rótulo de “Generación Cero” o “Año Cero” parecen llevar a la práctica, sin proponérselo, los reclamos de la Poética de la Relación y el Tout-Monde de Glissant, de la teoría del caos de Benítez Rojo, de la visión archipelágica de Brathwaite, o de las literaturas sin residencia fija de Ottmar Ette. Y digo sin proponérselo porque, en apariencia, las obras de estos autores cubanos, la mayoría nacidos en o trasladados a La Habana para luego migrar a distintos puntos del planeta, fuera de la condición diaspórica de sus protagonistas, y de algunas menciones a espacios insulares, poco tendrían que ver con una interpretación muy reducida de los discursos identitarios sobre el Caribe, de sus heteróclitas formas de vida, o la tematización de una insularidad entendida de manera estrecha y estereotipada. Para muchos escritores jóvenes, sobre todo habaneros o habanocéntricos (esto sucede en menor medida con el Oriente del país, que siente más cercanías geoculturales con el área antillana), sus referentes culturales (literarios, audiovisuales, tecnológicos) no están en la región caribeña ni en sus literaturas y capital cultural, que desconocen y ven como ajenos, y a veces ni siquiera en Hispanoamérica, sino en Europa occidental, en Norteamérica, en el universo asiático y en otras comarcas remotas desligadas de la Caribana. Pero esta desconexión es solo aparente. Si el mapa de referentes identitarios y las cartografías de la pertenencia (Aínsa, 2014) han cambiado, es porque de igual modo han mutado, se han actualizado y expandido las metáforas, conceptos, teorías y experiencias de vida sobre lo hispanoamericano y lo caribeño, áreas que insertan, aunque con asimetrías y desfases, en el devenir de la literatura mundial, pluriversal o del mundo (Ette, en Gesine Muller, y Dunia Gras, 2015). En las propuestas estéticas de estas escrituras que críticos de aquí y de allá han llamado flotantes, post-todo, ingravidas, del después, trashficciones, postcubanas, deslocalizadas (Calomarde, 2019a, 2019b, 2022; Casamayor-Cisneros, 2012; Rojas, 2018; Timmer, 2019; Viera, 2020, 2022), herederas del rizoma, del *in-between* y la mímica de Bhabha, y de la liviandad descomprometida con la nostalgia, los paradigmas heroicos y las retóricas oficiales del siglo pasado, ya no se trata de debatirse agónicamente entre lo nacional y lo foráneo, el adentro versus el afuera, la adscripción al *telos* autóctono o la traición apátrida; tampoco interesa optar por una de las dos metáforas antitéticas sobre la identidad cubana, la versión lezamiana utópica del habitar la Isla como una fiesta innumerable, frente al contra-relato piñeriano distópico de la maldita circunstancia del agua por todas partes, sino que, por fin, se abren con libertad infinitas opciones e iteraciones posibles de lo cubano más allá del peso agobiante de la Isla, más allá del gesto trágico, nostálgico, sufrido, o tropical-carnavalesco que parecía inevitable. Si el primer gran desborde transnacional que rompe con el paradigma de la fijeza se produce con la oleada migratoria hacia Miami, convertida desde entonces en prolongación y provincia extraterritorial de La Habana y Cuba (Fornés, 2009), en ciudad a un tiempo extranjera, cosmopolita, y local para tantos miles de cubanos asentados allí desde los 60, las posteriores movilizaciones diaspóricas y fugas masivas hacia otras geografías dispersas han permitido también vincular e incorporar estos nuevos espacios, pluralidades y gentes (de cierta manera, en paisajes visibles o invisibles, sumergidos o aflorados) al ámbito de la imaginación, la realidad y la creación insular. Ello genera, por fuerza, otras lógicas de la



Obra bajo Licencia Creative Commons 4.0 Internacional

distancia y el agrupamiento (Dorta, 2015), otras comunidades interpretativas mucho más amplias, pluri-céntricas y flexibles, e inéditas formas de participación en lo global, con la inclusión de textos cubanos escritos desde la Isla y *beyond* en revistas digitales donde la ubicación geográfica ya no interesa, pues operan en el espacio virtual, forjando identidades virtuales que desbaratan y trascienden cualquier apelación al territorio y al sustrato nacionales. Las escrituras de Jorge Enrique Lage, Legna Rodríguez Iglesias, Dazra Novak o Anisley Negrín ya se atreven a prescindir del adjetivo cubanas, que sienten innecesario, porque se proponen como *desideratum* superar la marca de agua y la camisa de fuerza del país, ese pesado atributo que, como un GPS asfixiante, restaba emancipación imaginativa, política, asociativa a las producciones de la Isla, obligándolas a ser leídas desnaturalizadamente, es decir, imponiendo sobre ellas unos supuestos constructos identitarios, unos sentidos bastardos, unas lealtades inexistentes, un “factor Cuba” (Padilla, 2014) y “colores locales” propios de una “marca país” de los que carecían. El ethos neobarroco, burlón y desrealizante que late en las textualidades de estos autores, nutrido de impurezas y contaminaciones, de rebajamientos y desacralizaciones de todo deber ser, toda centralidad, toda institucionalidad, toda ficción de Estado, se conecta así, desde la aniquilación de las certezas y las opciones culturales excluyentes, con la vivencia y la episteme archipelágica, receptiva hacia todos los saberes y formas de vida, de una capacidad imaginativa ilimitada, de un movimiento siempre tan multidireccional como provisional, que acerca a las identidades caribeñas separadas en la superficie por las aguas y las diversidades étnico-lingüísticas, donde todas las islas, en *mise en abyme*, se repiten, refractan, reinventan, reconocen y prolongan a escala planetaria, al operar sobre principios de amorosa discontinuidad, relacionalidad y fractalidad.

Adentrarse en la lectura de estas ficciones excéntricas y profundamente distópicas, sentimiento que comparten con f(r)icciones latinoamericanas, anglosajonas y globales una serie de referentes comunes, sensibilidades postnacionales e imaginarios (post)apocalípticos, supone des-leer, de paso, el Archivo cultural de la nación, las anteriores y contemporáneas realizaciones literarias que conforman la tradición nacional, frente a la cual los textos de Lage, Rodríguez Iglesias, Negrín funcionan con explosividad y agresión. Las poéticas del caos (Benítez Rojo) y el movimiento (Ette), entre tantas posibilidades interpretativas, permiten bosquejar sentidos provisionales al interior de estos organismos textuales que se complacen en no dejarse definir, en desagruparse y fracturarse aún más ante cada lectura tentativa.

La tematización del motivo insular y la falla de origen, la referencia directa u oblicua a la diáspora cubana y sus particularidades, la mirada simpatética hacia las vidas precarias y abyectas de seres alucinados, sin propósito ni ideales concretos, que deambulan o vagan a la deriva por los intersticios de Cuba y demás limbos planetarios, en tanto en despojos de la globalización, del inacabable presente de miseria e infelicidad que significa la distopía nacional, la reflexión tangencial sobre la erosionada ecología del ecosistema cubano y por extensión caribeño, cambiando el *ruin porn* de los 90 por el desastre ecológico de la desertificación y los escombros (preocupación medioambiental propia de las ficciones globales contemporáneas), o bien las menciones a la explotación despiadada por parte de la irracional maquinaria estatal no se ausenta, sin embargo, de unas historias que, por más que se propongan evitarlo, terminan siempre estableciendo algún puente, afecto, guiño o llamada en negativo a la realidad cubana, realidad que nunca se muestra como una entidad coherente, literal y acabada. “La literatura escrita por cubanos, recuerda Walfrido Dorta, ha girado incesantemente



Obra bajo Licencia Creative Commons 4.0 Internacional

—como una noria perpetua, complacida en sí misma— alrededor de un centro, de un significado apropiado y figurado hasta el vértigo, Cuba” (2012). Pero los mitos del canon *cubensis* y los proyectos de un futuro promisorio, cambiante, al menos para las narrativas posadas en la Isla, se hayan degradados hasta la médula.

Quiero detenerme a continuación en dos narradores con abordajes que evidencian ciertos parecidos y pulsiones comunes, uno habanero y la otra “de provincias” (Santa Clara), que escogen, cosa rara en las “ficciones fundacionales” de nuestro siglo XXI, salir de La Habana como único ecosistema o espacio de representación, crítica y derrumbe de la distopía nacional. Partiendo de la idea de “Ultima Thule” o último lugar del mundo conocido/habitable/urbano que es, simbólicamente, La Habana en el imaginario y el humor popular de los cubanos, para quienes “Cuba es La Habana” y “lo demás es campo”, ambos escritores jóvenes parten de una “post-Habana” que, o bien será arrasada en breve bajo el imperio de la globalización, la hiperconexión y la tecnología, es decir, llevada a su ruina no metafórica sino literal, o bien ya ni si quiera importa como locus enunciativo, registro topográfico, ubicación afectiva, marca de agua en un mapa de la memoria que desaparece de las conciencias de quienes parten y dejan atrás todo paisaje nacional, y toda posibilidad de permanencia/re-inscripción en el recuerdo-archivo cultural de la Isla. Los textos en los que me interesa detenerme son la novela *La autopista. The movie*, de Jorge Enrique Lage, y el cuento “Isla a mediodía”, de Anisley Negrín, ambos del 2014. En ellos aparece, por ejemplo, el *leitmotiv* de la carretera como deseo de acabar con un estado de cosas inalterable, congelado en el espacio y el tiempo, para empezar a salir del aislamiento a través de una posibilidad de reconexión e intercambio con otros segmentos de la geografía planetaria. Pero la autopista, símbolo desarrollista por excelencia, encarna asimismo la apoteosis del capitalismo global deshumanizante, con su consecuente replicación de precariedades, desigualdades, homogeneizaciones, necropolíticas y desastres ecológicos que resultan visibles especialmente en áreas empobrecidas, vulnerables y de frágil agencia, como las regiones del Caribe e incluso Cuba, dependientes de las industrias del ocio, expuestas a las erosiones, las violencias y los vaciamientos del turismo, del consumismo feroz del capitalismo transnacional, igual que a la pérdida de valores culturales propios ante el influjo de la co-optación cultural extranjera. Unos robots *transformers* usurpan el trabajo a una mano de obra barata, “tercermundista” y pluriempleo, proveniente de las áreas más marginalizadas, invisibilizadas, diaspóricas, híbridas y económicamente deprimidas de las Américas, las que conforman el Gran Caribe: “Hormigean obreros mexicanos, centroamericanos, dominicanos, haitianos, puertorriqueños; nativos de las Bahamas, de gran Caimán, de Jamaica, de las islas y las costas pisoteadas con furia por los huracanes” (Lage, 2014, p. 41). Lo que queda después de esta violencia económica, política, epistémica y lingüística cuya única voluntad y lógica es el despojo, el exterminio de formas de pluralidad y vida, es, en efecto, el desierto (y el basurero) de lo real. Acaso, más tarde, la floración de esos no lugares asociados a los paisajes de la globalización, el crecimiento industrial abusivo y la urbanización desarrollista que desaparece poblaciones enteras en su afán de rezonificación. Expulsados de la ciudad a los confines del espacio insular, el borde entre arena y mar de la Isla, los personajes de ambos relatos se sienten dejados fuera de la historia, de la fabricación de presentes, del mismo devenir. Ante la imposibilidad de un reconocimiento de/en la realidad que los rodea y consume, ante la cancelación de alternativas de realización y pertenencia, recurren a comportamientos esquizofrénicos, estrambóticos y soluciones patafísicas en medio de una serie de coyunturas y



Obra bajo Licencia Creative Commons 4.0 Internacional

*performances* a cuál más delirante. Impera, en general, la más pura poética de la caoticidad, el desorden y la incoherencia, al menos vistos desde las lógicas hegemónicas del orden, la racionalidad epistémica, el control (sometimiento) de la naturaleza y los cuerpos. Los cuerpos, los movimientos y las acciones que performan estas criaturas se resisten a ser interpretados/controlados/ordenados de modo tranquilizador.

Con no poco descreimiento y cinismo, comenta el yo narrador de la novela de Jorge Enrique Lage:

Dicen que la autopista va a atravesar la ciudad de arriba abajo. Lo que queda de la ciudad. Por el día avanzan las bulldozers barriendo parques, edificios, shopping centers. Por las noches yo deambulo entre las proximidades del mar, entre los escombros, las maquinarias, los contenedores, tratando de imaginar desde ahí la magnitud de lo que se avecina, No cabe duda de que la autopista será algo monstruoso. (Lage, 2014, p. 11).

A partir de esta mínima descripción inicial, los escenarios del texto se volverán cada vez más indeterminados e irreales, toda vez que los mismos caracteres que los recorren están otro tanto des-identificados y borrosos, y apenas reciben un nombre que les ofrezca una identidad provisional. Así, el Autista, un ser casi metafísico que no sabe dónde colocarse a ciencia cierta: “Alguna vez fue un nerd, un *geek*, un *freak* a su manera. Ahora parece estar más allá de todo eso” (p. 11).

El universo de Lage, quizás uno de los más originales dentro de las literaturas escritas por autores cubanos en los últimos tiempos, desarrolla sus propios argumentos especulativos para darle algún sentido a la irrupción del tajo de concreto que desbarata las fronteras de la isla, por décadas tan conservadas en el formol de una temporalidad congelada, ahistórica y fuera de lo contemporáneo, y en una estasis no dialógica, no participativa. Bajo el imperativo de un tránsito/crecimiento capitalista indetenible y hacia cualquier parte, Cuba y las Antillas quedan conectadas con La Florida, México y otros puntos continentales de las Américas, destruyendo ciudades, estructuras y comunidades pre-existentes a su paso, y generando, al mismo tiempo, en virtud de su efecto radioactivo, profundas mutaciones en los ecosistemas, los cuerpos humanos y las mentalidades. Según la estafalaria “Teoría Unificadora”, semejante a las teorías del complot de Ricardo Piglia, por debajo de la carretera visible discurre, sumergida, en una suerte de imagen archipelágica, otra corriente de significancias mucho menos explícita pero no menos presente y perturbadora:

Era espeluznante. Era demencial. Era inconcebible. Tenía que ver con los flujos del dinero, con los desplazamientos del capital, con las economías de mercado. Tenía que ver con un mapa, si suponemos algo parecido a un mapa del tesoro ... donde al final no queda claro qué es el tesoro. Los flujos del dinero son, en ese mapa, como autopistas. Hay intersecciones, rizos, desvíos; pero también velocidades, caídas abruptas, saltos de dimensión. Y hay como una trama oculta



Obra bajo Licencia Creative Commons 4.0 Internacional

detrás de todo eso, una trama que salta a la vista como esas manchas bidimensionales y aparentemente caóticas en las que surge de pronto una figura con relieve cuando uno cambia el foco de la mirada. Y por supuesto, en los nudos o los nodos de esa gigantesca red laten los fetiches, las ideas fijas, los cuerpos apresados de todos nosotros. Sobre todos nosotros se están llevando a cabo experimentos que nunca seremos capaces ni siquiera de imaginar. (Lage, 2014, p. 32).

En “Isla a mediodía”, de Anisley Negrín, que parte de un cuento de Julio Cortázar, igual que la máquina narrativa de Lage se inspira en “La autopista del Sur”, reconociendo ambos la influencia literaria de quien exploró con una creatividad y humor muy personales las manifestaciones de lo fantástico en su poética, la escritora retoma el motivo de la carretera, del paisaje desértico y la errancia como actualizaciones del tópico de la carencia, opuesto al de la abundancia y la fecundidad, que a partir de las primeras descripciones colombinas sobre el Nuevo Mundo antillano fijó dos posibilidades de representar el espacio insular. Con mayor insistencia que en la novela de Lage, Negrín se recrea en la presencia opresiva del sol y del calor de una isla, lo que obliga casi a conectar la atmósfera psicodélica de su historia y los actos performativos de los extraños personajes *on the road* con el ya clásico pasaje de Reinaldo Arenas en *El color del verano*:

Ya está aquí el color del verano con sus tonos repentinos y terribles. Los cuerpos desesperados, en medio de la luz, buscando un consuelo. Los cuerpos que se exhiben, retuercen, anhelan y se extienden en medio de un verano sin límites ni esperanzas. El color de un verano que nos difumina y enloquece en un país varado en su propio deterioro, intemperie y locura, donde el Infierno se ha concretizado en una eternidad letal y multicolor. Y más allá de esta horrible prisión marítima, ¿qué nos aguarda? ¿Y a quién le importa nuestro verano, ni nuestra prisión marítima, ni este tiempo que a la vez nos excluye y nos fulmina? Fuera de este verano, ¿qué tenemos? (Arenas, 2010, p. 410).

El relato de Negrín pareciera erigirse como una estrategia existencial frente a esta pregunta, como un atisbo de respuesta inconclusa más cargada de incertidumbres, accidentes y fracasos que de convicciones y engañosos triunfalismos al estilo de las retóricas/espejismos del Estadonación. Como en Lage, se elude toda descripción y hasta el nombre mismo de los tres o cuatro personajes que circulan “hacia el fin del mundo” por una carretera inespecífica en un viejo Buick americano, transformado por las décadas revolucionarias, las chapisterías consecutivas y las ingeniosas alteraciones criollas en el vernáculo “almendrón” del transporte informal cubano. Dónde queda ese enigmático confín, ya no de la Isla, sino del “mundo entero”, el Tout-Monde, nunca se precisa a lo largo del relato escrito con un lenguaje escueto y minimalista, que sí contrasta con la prosa esquizo-anárquica de Lage, que roza en el barroquismo, el abigarramiento y el entramado enloquecedor de signos, maquinarias, robots, topografías,



Obra bajo Licencia Creative Commons 4.0 Internacional

actrices, referentes culturales extranjeros, alusiones veladas o explícitas a sucesos y personajes de la historia local/regional/global (Hard Rock Café Havana, los Everglades, los indios seminolas, Philip K. Dick, Neil Gaiman y Poppy Z, la Virgen de la Caridad del Cobre, La Tropical, el ciclón Katrina, New Orleans, el presidente cubano de la Coca Cola transnacional, un mexicanizado Hu Jintao que es, también, el ex presidente chino, etc.), gestos todos que buscan poner a circular en la conciencia del lector, sin jerarquías, una galaxia de apropiaciones, desvíos y piruetas burlonas capaces de dinamitar los estereotipos, dramatismos y esencialismos identitarios en torno a lo cubano y lo caribeño, mostrando su constante negociación con/intervención en lo global, e inyectando de paso altas dosis de cosmopolitismo, mundialización, deslocalización y espíritu postnacional a este artefacto narrativo que es, en sí, un planeta.

El paisaje de “Isla a mediodía”, por contraste, está vacío de nombres, estaciones, ciudades o señas de la modernidad. Es un auténtico desierto, tal vez (no se dice) producido por el colapso del modelo socialista, por la apatía y la abulia generalizadas, por la escasez y las miserias del bloqueo económico; por la emigración como única perspectiva de futuro que ha ido despoblando el interior y la capital de la nación hasta reducirla al tuétano, a la presencia fantasmagórica de sus viejos y enfermos, o por los renovados huracanes y desastres ecológicos que han horadado Cuba y desestabilizado aún más la existencia de los sobrevivientes que lleva a cuesta. Las criaturas de este relato con aires de *road movie* resultan, cuando menos, confusas y alucinantes: un chofer que puede ser hombre o mujer según la ambigua voz narrativa lo decida; una mujer que no se llama Consuelo, pero es designada con ese nombre, que pertenece a la novia ausente del/la chofer a quien sustituye (novia que cabe suponer fuera del país, en una distancia infranqueable para el sujeto abandonado que la extraña desde adentro: “ella también huye. Al final todos lo hacemos ... estamos solos y la carretera es larga. Y no hay nada ni a un lado, ni al otro”, p. 123); y una muñeca inflable de nombre comercial Juliette que sirve como tabla de salvación y refugio (un objeto flotante asociado de inmediato a los imaginarios de la diáspora de 1994, a los naufragios y ahogamientos de tantos balseiros que nunca llegaron a un destino) al/la protagonista antes que como juguete sexual:

La veo y se me antoja un salvavidas. Me aferraría a ella si me estuviera ahogando. Pero no me estoy ahogando. No hay agua por todo esto. Solo la carretera, delante y atrás, dividiendo la isla en dos de punta a punta, como el sol de las doce al mediodía. No sé de dónde vengo. No sé hacia dónde voy. (p. 128).

El cuarto personaje es un hombre viejo, remedo de aura tiñosa y Quijote enloquecido, que entra y sale de la carretera y del cuento sin explicaciones, para gritar como un profeta a peatones y viajeros: “Todos vamos a ser canonizados”. En las pocas páginas que conducen el viaje, primero en auto y luego a pie, destacan la síntesis poética, la capacidad de improvisación, la errancia y el sinsentido de las situaciones y *performances*. La mirada de desapego y distanciamiento sobre la realidad se complementa con un intento (fracasado) por repoblar las ausencias del panorama/patrimonio/acervo nacional correspondientes a quienes se han ido con sus memorias fotográficas, que sustituyen su ausencia física por una huella material:



Obra bajo Licencia Creative Commons 4.0 Internacional

Todos vamos a ser (canonizados), lo queramos o no. En algún lugar, tras una cámara, habrá alguien inmortalizando las imágenes ... un cuarto oscuro, una luz que se enciende, cuatro paredes forradas con miles de fotografías. —Estas son de los que se han ido al fin del mundo. Rostros. Posiciones. Colores. El mismo paisaje. El mismo sol del mediodía. (p.134).

Los sujetos migrantes de los 60 a los 90, del 2000 a hoy, comparten de pronto el mismo muro en la más absoluta contigüidad que anula sus evidentes diferencias, los reúne a pesar de las dispersiones y las discontinuidades temporales. Instantáneas fotográficas las de esta distopía, que actúan como parches intentando disimular, en vano, el evidente vacío, la desmemoria y el borramiento que, al menos dentro de la Isla, en Cuba, sobreviene a cada partida de escritores, intelectuales y artistas que dejan de ser recordados/tenidos en cuenta en los procesos literarios, de canonización, y en las políticas editoriales subsiguientes. De ahí que numerosos creadores cubanos se dieran a la tarea de fundar distintas empresas editoriales y revistas impresas y virtuales desde sus nuevos (o temporales) enclaves de trabajo y residencia. Aun cuando el Estado detenta todavía el monopolio editorial, el concepto de la edición digital continúa en pañales, el mercado cubano del libro es en extremo localista, y tampoco existen auténticas editoriales independientes en Cuba que faciliten la revitalización de los catálogos “nacionales” e internacionales o fomenten la inserción de los autores cubanos en circuitos de promoción, circulación, comercialización y reconocimiento a escala mundial, no es menos cierto que la emergencia de blogs y publicaciones *online* a partir de los 2000, tanto desde Cuba, pese al pésimo Internet que nos constriñe, como desde varias latitudes donde los cubanos han construido formas de agrupamiento y convivencia (en el caso de Cuba, cabe citar *33 y un tercio*, *The Revolution Evening Post*, *Cacharro(s)* como revistas de la “Generación Cero”, exponentes de una etapa tecnológicamente rudimentaria, o *Claustrofobias*, *El Toque*, *El Estornudo* en la segunda década del siglo), ha acertado, o bien hecho irrelevantes, las distancias entre la Isla y el Mundo, toda vez que estos *e-zines* y bitácoras digitales personales se comportan como agentes transnacionales que diseminan y reterritorializan el campo literario nacional. De los cientos de fotos Polaroid pegados en los muros de una cafetería contigua al fin del mundo de Anisley Negrín, a la colaboración asidua con los magazines electrónicos, ambos recursos funcionan como alternativas de resistencia y co-existencia para los sujetos migrantes que se niegan a desaparecer, a ser “sacados del juego”, a extraviarse en comarcas foráneas o a ser olvidados por sus culturas, familias, comunidades interpretativas de origen: “Mentira. Siempre queda algo. Todo tiene sobras” (p. 131), dice alguien indeterminado en “La Isla a mediodía”. Otra vez, predomina el escenario apocalíptico y de franco diseño distópico. Al presentarse con un tono más austero y carente del componente lúdico que aligeraba las situaciones en *La autopista...*, el texto de Negrín demanda ser leído de forma distinta: “Al frente, la carretera. Y atrás. Larga y sinuosa como una serpiente. La carretera no tiene principio ni fin, y siempre conduce al mismo sitio, a un lugar de donde no se vuelve. Ella tampoco volverá” (p. 124). La Isla es, pues, cualquier isla, todas las islas reales e imaginarias, presentes y futuras, sempiternas zonas de tránsito y cruzamientos, *Middle Passage* de los flujos migratorios, pero también rito



Obra bajo Licencia Creative Commons 4.0 Internacional

de paso del turismo aplanador, que viven sometidas a la marcha de colectivos humanos, la desolación y la intemperie. En su *Introducción a una poética de lo diverso*, se refiere Glissant a la importancia de considerar la asistematicidad de las distintas culturas del mundo. Otra forma de pensamiento, más intuitiva, más frágil, amenazada, pero en sintonía con el mundo en caos y con sus impredecibilidades: “Califico este pensamiento como “archipelágico”, un pensamiento asistemático, inductivo, en exploración de la impredecibilidad del mundo en caos” (2016, p. 46).

No importa demasiado, a estas alturas, o solo en algunos casos (pienso en las crónicas sobre Miami de Legna Rodríguez Iglesias, o en las crónicas habaneras de Dazra Novak que observan con renovado interés las abstrusas creaciones independientes del paisaje urbano de la capital antillana), preguntarse por el lugar de residencia (permanente o provisorio) de los autores que hoy, desmarcados de la etiqueta Generación Cero, quisieran reinventarse simplemente como artistas despojados de una deuda geográfica que los obligue a presentarse *a priori*, de cara al mundo y los lectores, como “escritores cubanos”, o a escala más reducida, “de la isla”, para poder significar en el torrente de imaginarios locales. Yo misma desconozco, ahora mismo, el paradero de algunos de ellos. He leído sus ficciones cuando vivían y publicaban en la Isla, y luego, con más dificultad y lagunas en mis lecturas, por la imposibilidad de conseguir sus libros ya editados “afuera”, los he rastreado en las habitaciones de Google para tratar de leer, a retazos, los fragmentos disponibles y descargables desde infinitas revistas y sitios virtuales. Al final lo que queda es escribir, defender estéticas y poéticas tan inclasificables como personales, ser traducidos a todos los idiomas posibles, incluso resultar intraducibles o quedar perdidos en la traducción; editar novelas y colecciones de cuentos en editoriales regionales de creciente prestigio, o en circuitos de mayor impacto internacional y *exposure crítico* (Alfaguara, Anagrama, Random House, Gallimard, Tusquets, Penguin) darse a conocer aquí y allá, trascendiendo los estrechos marcos del localismo, del estereotipo tropical, del significante Cuba. Con esa visión apocalíptica y azorada de alguien con una ciudadanía y una agencialidad precarias, vástago de una Isla que viene y va constantemente, se pliega y repliega, sueña y reinventa, negocia formas de vida, de lenguaje, de revisión e inscripción en lo cubano, Anisley Negrín sabe que llegar a un confín es solo el inicio de una aventura personal, de un exponerse al mundo:

Nos sentamos en la punta, con los pies en el agua, con la vista en el mar. Nos olvidamos de todo. Hasta del sol. Hasta de si todo no es más que una de esas alucinaciones que provoca el calor en medio del desierto. Ya no estamos en el desierto. Hemos llegado ... —¿Es este el único o hay otros? —¿Otros qué? — Fin del mundo...—Hay otros, pero este era el más lejano. (p. 136).

## Referencias bibliográficas

Aínsa, F. (2014). Nueva cartografía de la pertenencia. La pérdida del territorio en la narrativa latinoamericana. *Iberoamericana* (2001-), 14(54), 111–126. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/24368557>



Obra bajo Licencia Creative Commons 4.0 Internacional

*Recial* Vol. XIV. N° 23 (Enero-Junio 2023) ISSN 2718-658X. Susana Haug Morales, Formas distópicas alternativas para destruir y repensar el motivo insular/caribeño en dos ficciones cubanas del siglo XXI, pp. 192-204.

- Arenas, R. (2010). *El color del verano*. Barcelona: Tusquets.
- Benítez Rojo, A. (1992). La literatura caribeña y la teoría del caos. *Latin American Literary Review*, 20(40), 16-18. Recuperado de <https://www.jstor.org/stable/20119617>
- Brathwaite, K. (1984). Nation Language. *History of the Voice*. London: New Beacon.
- Brathwaite, K. (2010). *La unidad submarina. Selección, edición y traducción de Florencia Bonfiglio*. Buenos Aires: Katatay.
- Calomarde, N. (2019a). Fuera de obra, fuera de territorio. Escrituras cubanas del después. En G. Salto y N. Calomarde (Comps.), *Devenir/escribir Cuba en el siglo XXI: (post) poéticas del archivo insular*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Katatay.
- Calomarde, N. (2019b). Islas en trance. Ficciones de desterritorialización en la literatura cubana reciente. *CELEHIS*, 28(37), 4-17. Recuperado de [http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S2313-94632019000100002](http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2313-94632019000100002)
- Calomarde, N. (2022). Escarbar las escrituras. ¿Hacia formas de la trashficción? Recuperado de <https://hypermediamagazine.com/literatura/ensayo/escarbar-las-escrituras-hacia-formas-de-la-trashficcio-cubana/>
- Casamayor-Cisneros, O. (2012). *Utopía, distopía e ingravidez. Reconfiguraciones cosmológicas en la narrativa postsoviética cubana*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert.
- de la Campa, R. (2012). El Caribe y su apuesta teórica. *Zama. Revista del Instituto de Literatura Hispanoamericana*, 4(4), 25-38. Recuperado de <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/zama/article/view/615/596>
- Dorta, W. (9 de diciembre de 2012). Olvidar Cuba: contra el lugar común. *Diario de Cuba*. Recuperado de <http://www.diariodecuba.com/de-leer/olvidar-cuba-contra-el-lugar-comun>
- Dorta, W. (2015). Políticas de la distancia y el agrupamiento. Narrativa cubana de las últimas dos décadas. *Istor: revista de historia internacional*, 15(63), 115-136. Recuperado de [https://www.academia.edu/15769830/Pol%C3%ADticas\\_de\\_la\\_distancia\\_y\\_del\\_agrupamiento\\_Narrativa\\_cubana\\_de\\_las\\_%C3%BAltimas\\_dos\\_d%C3%A9cadas\\_Groups\\_Politics\\_Cuban\\_Narrative\\_of\\_the\\_Last\\_Two\\_Decades\\_Istor\\_Revista\\_de\\_Historia\\_Internacional\\_63\\_2015\\_115\\_135](https://www.academia.edu/15769830/Pol%C3%ADticas_de_la_distancia_y_del_agrupamiento_Narrativa_cubana_de_las_%C3%BAltimas_dos_d%C3%A9cadas_Groups_Politics_Cuban_Narrative_of_the_Last_Two_Decades_Istor_Revista_de_Historia_Internacional_63_2015_115_135)
- Ette, O. (2005). Desde la filología de la literatura mundial hacia una polilógica filología de las literaturas del mundo. En G. Müller y D. Gras (Eds.), *América Latina y la literatura mundial. Mercados editoriales, redes globales y la invención de un continente*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert.
- Ette, O. (2009). Hacia una poética del movimiento: literatura sin residencia fija. *Afinidades: revista de literatura y pensamiento*, (2), 85-96.
- Fornés, R. (2009). Miami Mayami y Labana, yin-yang cities. *Nuevo mundo, mundos nuevos*. Recuperado de <https://journals.openedition.org/nuevomundo/44042>
- Glissant, E. (2016). *Introducción a una poética de lo diverso*. Madrid: Ediciones Cinca.
- Lage, J. E. (2014). *La autopista. The movie*. La Habana: Editorial Cajachina.
- Negrín, A. (2014). Isla a mediodía. En G. Padilla (Ed.), *Malditos bastardos. Antología. Diez narradores cubanos que no son Pedro Juan Gutiérrez, ni Zoe Valdés, ni Leonardo Padura, ni...* La Habana: Editorial Caja China-Ediciones La Palma.



Obra bajo Licencia Creative Commons 4.0 Internacional

- Rojas, R. (2018). La generación flotante: apuntes sobre la nueva literatura cubana. *Revista de la Universidad de México*, (1), 140-148. Recuperado de <https://www.revistadelauniversidad.mx/articles/e51b17ed-9e3d-430f-981c-90bc3974d061/la-generacion-flotante-apuntes-sobre-la-nueva-literatura-cubana>
- Timmer, N. (2019). Una torre y una autopista: distopías y territorialidades en novelas postcubanas de Carlos A. Aguilera y Jorge Enrique Lage. En G Salto y N. Calomarde (Comps.), *Devenir/escribir Cuba en el siglo XXI: (post)poéticas del archivo insular*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Katatay.
- Viera, K. (2020). Nuevos sentidos para una ficción habanera. Jorge Enrique Lage: La(s) Habana(s) del porvenir. *Zama*, 12(12), 47-57. Recuperado de <http://revistascientificas.filo.uba.ar/index.php/zama/article/view/9611>
- Viera, K. (2022). La Habana como entre-lugar: Dazra Novak en la ciudad. *Alea: Estudios Neolatinos*, 24(1). Recuperado de <https://www.scielo.br/j/alea/a/WNCXXJVfDswGZp5ZBHMmmzv/abstract/?lang=es>



Obra bajo Licencia Creative Commons 4.0 Internacional